

“Sin máscara”

Es mejor morir siendo yo, que otra persona...

Una de mis pasiones es el teatro, no sólo por todo lo que puedes transmitir, sino porque puedes representar lo que sea y a quien sea. Decidí tomar clases en la Escuela de Artes de La Piedad y posteriormente, formé parte de la compañía Theus. A mis 15 años había interpretado variedad de personajes, desde payasos hasta ancianos. La siguiente obra a la que daríamos vida sería *El Libertino*, la historia de una chica transexual. En ese momento expresé mi emoción por realizar el papel.

Estaba sentado. Cerré los ojos, sentí como las cerdas del pincel besaban con ternura mis párpados, el rubor ascendía paulatinamente por mis mejillas y el labial se impregnaba en mis labios. La prueba de maquillaje y vestuario había concluido. Me dirigí al espejo sin imaginar lo que se avecinaba. Estaba yo, Carlos Flores Ríos, con cabello largo, esa falda de lunares que bailaba alrededor de mis piernas y una blusa que cubría completamente mis brazos delgados y acentuaba mi figura. De pronto... todo fue claro. “¡Wow!, esto es lo que he querido toda mi vida”.

Pasaban los días. Recordaba lo excitante que había sido ser mujer por un instante, el sentirme plena y viva. Me sumergí en la red virtual y me topé con la youtuber Victoria Volkóva, una chica transexual originaria de Querétaro, la cual había grabado toda su transición. Mientras miraba sus vídeos empecé a atar cabos. Me identifiqué.

Con más información, contemplaba las maneras en las que podía iniciar mi proceso de cambio de identidad. Sin embargo, había instantes en los que mi cuerpo se inmovilizaba y el miedo recorría mis venas porque sabía que mi familia no lo aceptaría. Mi padre José Antonio Flores Garibay, un hombre corpulento, con 1.70 de altura, cabello oscuro y machista. Mi madre Patricia Ríos Hernández, de tez blanca, una mujer bastante sonriente, pero demasiado católica. No era la mejor combinación de padres para alguien que había nacido en el cuerpo equivocado. Sabía que debía mantener el secreto por un tiempo.

Ocultarme me lastimaba como herida punzante, el no poder mostrar quien soy realmente. Era menor de edad y no podía iniciar mi transformación por mi propia cuenta, pero debía avanzar de algún modo. Me inscribí a clases de canto. No soy un gran intérprete. Siendo sinceros, no

canto ni en el baño y mi objetivo no es instruirme en este arte. Lo que busco es aprender a modular la voz, a hablar con voz de cabeza desde el diafragma. De esa manera poder transformar mi voz a un timbre más agudo.

Pasaron unos meses. Me encontraba frente a la rectangular y enorme pantalla de la sala de cine con un par de amigos. Transcurrían los minutos, las escenas fluían como la corriente en un canal de agua después de la lluvia de verano. Mi torso estaba entumecido, mis brazos y mis piernas parecían que iban a romperse en cualquier momento. De mis ojos nacían lágrimas y un nudo en la garganta estaba asfixiándome. *La Chica Danesa* había atravesado lo más profundo de mi ser. Esa mujer transexual que en los años veinte decidió someterse a cirugías para ser Lili, para serle fiel a ella misma.

Soy Lupita Pérez, la mejor amiga de Flores. Construimos un gran lazo porque siempre nos hablamos con la verdad, aunque a veces duela.

Era viernes por la noche. Usaba una peluca de un rojo caoba que hacía resaltar sus ojos, unas medias negras de encaje y una boina. No dijo nada, no dio explicaciones y no tenía por qué darlas. De mis labios salió un “¡te ves bonita!”, me respondió con una sonrisa. Se veía contenta. Nos tomamos algunas fotografías que quedarían como recuerdo.

Después de un periodo, sin preguntar, tocó el tema para por fin conversar sobre lo que experimentaba. Me contó que desde pequeña había sentido que todo dentro de ella no correspondía al cuerpo en el que estaba. Me di cuenta de que era difícil para ella compartirlo. No cuestioné nada, sabía que a partir de ese momento iba a necesitar más ayuda, ya que habría personas que no lo tomarían positivamente y otras que se dedicarían a juzgar.

Finalicé la preparatoria. Dejé atrás La Piedad, Michoacán, y me mudé a Ocotlán, Jalisco, para estudiar la Licenciatura en Psicología. Transcurrieron dos años y no pude seguir sellando mi boca. Se los confesé a mis padres y lo rechazaron. Trataron de convencerme de que era un error o una confusión. Al poco tiempo mi tía falleció y lo utilizaron de pretexto, afirmándome que necesitaban superar su partida. Lo creí. Respiré y lo medité, debía aparentar un poco más por el bienestar de ellos.

Despertar y ver que era una mentira me estaba llevando a un agujero negro. Noches en vela y ataques de pánico. Los monstruos acechaban, permanecían en el rincón de mi habitación en silencio, pero en guardia, esperando a que flaqueara para tomar lo poco que quedaba de mí. Sólo me quedaba huir y lo hice hasta llegar a Guadalajara. Las llamadas entraban, “¡Hijo, regresa!”, escuchaba implorar a mis papás. “No volveré, a menos que sea bajo mis términos”. Lo aceptaron porque se dieron cuenta que me estaban perdiendo. Al poco tiempo comenzamos a ir a terapia y a medicarme.

Ahora soy Emily Sofía Flores Ríos. Realicé el trámite de cambio de identidad el pasado mes de mayo y en diciembre iniciaré el tratamiento de hormonas. Modifiqué completamente mi guardarropa. Sabía que sería difícil para las personas que me rodeaban, pero en realidad no me interesa lo que opinen. Al final de cuentas, cuando me voy a dormir, esas personas no están ahí y sólo importa la manera en la que me sienta yo.

Como cualquier otro día desperté y me preparé para ir a la Universidad. Estaba en clase cuando me mandó llamar la coordinadora. Habían levantado una queja por usar los baños de las niñas. Se trataba de AGM, una maestra de unos 35 años de edad, mide aproximadamente 1.60, su cabello es como los rayos del sol. Se trata de esa persona que camina con la frente en alto y se dice defensora de los derechos humanos. A la que todos aman por su bondad y carisma. La misma que recalcó que no debía usar los sanitarios de las señoritas porque seguía siendo hombre, la que empezó a hablar como si yo tuviera una enfermedad. Parecía que iba a estallar, hervía desde la punta de los pies hasta mi cabeza, sólo quería maldecir.

En mi mente surgían distintos pensamientos. Entendí lo complicado que sigue siendo formar parte de la comunidad LGBT (Lesbianas, Gay, Bisexuales y Transgénero) en México. No se discrimina como antes; no obstante, la sociedad aún no está preparada, no conoce la forma de afrontarlo. A pesar de entender esto, fue decepcionante que la Universidad de Guadalajara no hiciera nada. No quisieron meter las manos al fuego por mí. Yo sólo quiero respeto.

Pienso. Cada pelea vale la pena. Cada que veo mi reflejo me doy cuenta quien soy en realidad. Por fin dejé a mi “yo falso” para poder ser la mujer que estuvo atrapada todo este tiempo... Valiente aquel cuya esencia depende de él mismo.

H.H. Collins